

EN PORTADA / Entrevista y Análisis

Viene de la **página 4**

tal de no utilizar su poder para sofocarla. Entonces tres escritores firmamos una carta en la que afirmábamos que aquello era lo peor que podía suceder. La intelectualidad de izquierdas me criticó por firmar la declaración. Les respondí que la ciudad estaba rompiéndose y había que hacer algo. Ahora les digo: mirad lo que ha ocurrido. No resulta admisible que la violencia de la izquierda sea legítima, y la violencia de la derecha, no. Eso es ideología barata. ¿Aquí todos somos inocentes de lo que ocurre? La inocencia se ha convertido en Grecia en una profesión. Tendríamos que hacer un monumento a Jean-Paul Sartre y concederle la nacionalidad griega a título póstumo, porque la única verdad que permanece en pie aquí es aquel principio sartreano: el infierno son los otros.

P. ¿Cuál es la razón de que el sistema político griego sea de tan poca calidad?

R. Cuando llegué, en los sesenta, Grecia era aún muy pobre, frugal y disciplinada. En 1980, con la entrada en la Unión Europea, empezó a llover dinero. Fue como si a un paciente alimentado con sonda se le sirvieran de repente, sin proceso de adaptación, grandes potajes y piernas de cordero. Grecia se puso enferma. La clase política usó ese dinero europeo para comprar gente con un sistema clientelar. El dinero no se invertía, se repartía.

P. ¿Qué consecuencias tuvo eso en la sociedad?

R. Hacer dinero rápido se convirtió en una obsesión colectiva. Fue un dopaje masivo y brutal. Ahora descubrimos que nuestro cuerpo está enfermo, como el de cualquier dopado.

P. ¿Hay una cura?

R. Eso me pregunto yo. Queda todavía una buena parte de Grecia que trabaja decentemente. Y esa gente es la que sufre más golpes: subidas de impuestos, recesión, de todo. El Pasok, que siempre fue el partido hegemónico, hundió a las clases medias y bajas, justamente las que le votaban. Por eso se ha convertido en una fuerza marginal. Las clases medias griegas necesitan ayuda para levantarse. También hay grandes empresas privadas griegas que funcionan bien y exportan a China. Lo que no está contaminado por el sector público aún tiene futuro. Mire, el problema del Estado griego comenzó con el fin de la guerra civil; los vencedores, los nacionalistas, quisieron ayudar a los suyos, y lo hicieron colocando un gran número de gente en el sector público. Esas personas empezaron como

porteros y al poco tiempo ya eran gestores. Ahora nos enfrentamos a un monstruo que debe ser abatido. Lo único que quiere ese monstruo es comer. Ya ve lo que está pasando: los grandes sindicatos del sector público abandonan al Pasok y se pasan a la nueva izquierda radical, Syriza, que hace mal en acogerlos porque traen gente corrupta, envidiada con las prácticas que nos han llevado al desastre.

P. ¿Y las consecuencias culturales del desastre?

R. Grecia era un país pobre con un alto nivel cultural. No solo poesía, no solo teatro, no solo música: podría darle muchos nombres. Las películas de mi amigo Theo

“Con la entrada en la UE empezó a llover dinero y la clase política lo usó para comprar gente. No se invertía, se repartía”

“Cuando la prensa alemana me pregunta qué puede hacer Alemania por Grecia les digo: mantengan callados a sus políticos”

Angelopoulos son un ejemplo. Pero en 1980 no solo decidimos que habíamos acabado con la pobreza, sino también con los valores de la pobreza, morales y culturales. Ahora estamos volviendo a la pobreza, pero sin valores. Es una de las cosas que más me preocupan, porque cuanto más pobre eres, más valores morales y más cultura necesitas.

P. ¿Qué ha votado Jaritos en las últimas elecciones?

R. Jaritos es policía y por tanto tiene instintos conservadores. No le gusta estar sin Gobierno. Ignoro lo que votaron su hija o su yerno, pero estoy seguro de que tanto él como su mujer votaron a la derecha, a Nueva Democracia. Hicieron



Manifestación en Atenas el pasado mes de octubre. Foto: Stefania Mizara / Corbis

como muchos otros griegos: se taparon la nariz, porque Nueva Democracia apesta, y votaron.

P. ¿Y ahora?

R. ¿Y yo qué sé! La prensa alemana me tiene loco preguntándome qué va a pasar, y solo puedo explicarles que a veces no hay respuestas. Y si me preguntan qué puede hacer Alemania por Grecia, les digo que mantengan callados a sus políticos. Que dejen de insultar a los griegos, por

favor. El 24 de mayo estuve en Bonn para dar una conferencia y vi una portada de *Die Welt*, el diario conservador, en la que una ministra proclamaba: “Europa debe aprender de Alemania”. Nosotros no aprendemos, cierto, pero los alemanes tampoco aprenden. Recuerdo cuando los estadounidenses nos decían: “Nosotros tenemos el poder, así que debéis hacer lo que nosotros ordenamos”. Lo mismo decían, con más brutalidad, los soviéticos a

Hay vida después de los clásicos

Por **María Antonia Sánchez-Vallejo**

A DIFERENCIA de Portugal e Irlanda, otros dos pequeños países rescatados —y ambos, auténticas potencias literarias—, la gloria de Grecia ha quedado confinada a la época clásica, con su pléyade de epícos, líricos y dramaturgos. Por eso parece como si, desde Homero o Eurípides hasta la saga costumbrista del comisario Jaritos, un agujero negro se hubiese tragado toda obra digna de mención. Pero la presunta inexistencia de títulos y autores modernos reseñables es solo fruto del desconocimiento, cuando no del desdén: en esa absurda dicotomía pasado-presente en la que, en casi todas las culturas clásicas, el primero arrumba por completo al segundo, lo contemporáneo huelega (Grecia, por cierto, es el único país del entorno europeo que ha pasado de lo antiguo a lo contemporáneo sin hacer escala en lo moderno, lo cual explica muchas cosas, y no solo en literatura).

La inopia, sin embargo, no es de ahora, cuando el país se halla a su pesar más de actualidad que nunca. Sobran dedos de una mano para contar los pocos escritores griegos del siglo XX que han traspasado nuestras fronteras: el trasterrado Kavafis, el

gran Nikos Kazantzakis —cuya *Carta al Greco*, monumento intelectual sin parangón, sigue sin circular regularmente en castellano—, conocido sobre todo por el reclamo de las películas *Zorba el griego* o *La última tentación de Cristo*; o la triada de soberbios poetas que sembró un siglo cruel de furor y aliento: el *rojo* Yanis Ritsos y los premios Nobel de Literatura Yorgos Seferis (1963) y Odiseas Elytis (1979), cuyas voces siguen vivas gracias a la ósmosis musical de Mikis Theodorakis sobre muchas de sus letras. Hablando de Ritsos, la primorosa editorial sevillana Point de Lunettes prepara la publicación de *Epitafio / Dieciocho cantares de la patria amarga* en su *Colectión Romiosyne*, la primera en nuestro país de literatura contemporánea griega en versión bilingüe. Kostas Taksís, del que Alfaguara publicó hace casi treinta años *La tercera boda* (escrita en 1963) en impagable traducción de Natividad Gálvez, es otro de los escasos autores griegos recientes que se han podido leer en castellano. La misma traductora firmó la versión de *Las vueltas* (Ediciones del Oriente y el Mediterráneo) una década más tarde. Ambos títulos resultan más que recomendables, pero ni su valor intrínseco ni factores metaliterarios —la condición de símbolo gay de

Taksís en un país tan conservador como Grecia, o su inquietante y violenta muerte, tan parecida a la de Pier Paolo Pasolini—han suscitado el interés necesario para alentar nuevas traducciones o reediciones.

Pocos nombres más se conocen de la literatura griega contemporánea, de ahí que la reciente traducción de la trilogía *Ciudades a la deriva*, de Stratís Tsircas, piedra angular de las letras helénicas del siglo XX, sea una agradable sorpresa. Tsircas (1911-1980), un griego de la diáspora como Kavafis, conjugó la perspectiva histórica con el compromiso político y dejó una obra moderna, experimental incluso, con claros ecos del *Cuarteto durrelliano*. Los escenarios de la trilogía, Jerusalén, El Cairo y Alejandría, y la época en que se desarrollan las tramas (II Guerra Mundial, la ocupación nazi de Grecia), reviven episodios poco conocidos como la contribución de las brigadas griegas en el exilio al esfuerzo bélico aliado en Oriente Próximo. Pero Tsircas, por muy recomendable que resulte, es también prehistoria para una industria tan vertiginosa como la editorial. En las últimas semanas, coincidiendo con los títulos más apocalípticos acerca del dudoso porvenir de Grecia, han llegado a las librerías unos cuantos títulos. *Me gustaría* de

Amanda Mijalopolu, es un volumen de 13 relatos más cercano a la literatura de escenas que a la narrativa convencional, con evidentes influencias de Borges y Calvino.

Con claros ecos de *Mediterráneo*, la película de Gabriele Salvatores rodada en la isla griega de Kastelórizo que logró el Oscar a la mejor película extranjera en 1992, aparece la novela *Sagapò (Te quiero)*, del italiano Renzo Biasion (1914-1996), cuyo periplo vital casi lo asimila a un autor local: combatió en Grecia durante la ocupación nazi del país y fue deportado a Alemania en 1943. *Sagapò* recrea un episodio parecido al que se narra en la película de Salvatores: el dictador Mussolini envía destacamentos del Ejército italiano a Grecia con la intención de reconstruir el Imperio Romano en el Mediterráneo —la isla de Rodas es un buen ejemplo de ello, como bien cuenta Lawrence Durrell en sus memorias—, pero los soldados descubren que el salvconducto del *sagapò* abre muchas más puertas, e incluso entorna alguna a la hora de la siesta. Obra pintiparada para leer en vacaciones —preferiblemente en una isla azul y blanca, a la sombra de una parra y el arrullo de las cigarras—, es una historia luminosa y armónica. Junto a la obligatoria mención de dos joyas contemporáneas